

textos

el presente

ritos de paso, (Conferencia impartida en abril de 2000 en el Instituto Cervantes de Casablanca)

Ignacio Castro Rey, Madrid, febrero del 2000

Bebe vino y contempla la luna, evocando las civilizaciones que ella ha visto apagarse.

Rubaiyyat. Omar Khayyam.

La obra de arte no es sólo "cultura". Como se ha recordado a veces, a través de ella irradia un sentido que nos arranca de la inercia habitual. Con la articulación histórica de unos materiales, perfectamente fechables, se logra el nacimiento de una extraña criatura. El resultado no es solamente un producto, una "hechura" técnica. Con la intensidad enigmática de su lenguaje, la obra se sitúa en los bordes de la civilización, haciéndole un lugar a lo ahistórico (*Unhistorisch*) en lo actual. El arte reduplica sin cesar el espacio del secreto, de algo inculto y primitivo que hila la condición de la especie. Por eso, en más de un sentido, la belleza "detiene" el tiempo, rompe con la temporalidad habitual. Los materiales y el estilo son perfectamente datables, pero el acontecimiento de su epifanía, de igual modo que interrumpe las habladerías, tiene la virtud de parar el tiempo contado. Esto se manifiesta tanto en el silencio que la obra impone en el entorno de su presencia física como en la relativización de toda cronología que realiza, hablándonos prodigiosamente al oído a través de las épocas. No es extraño que Marx, que al fin y al cabo compartía con su época el dogma del tiempo lineal, se preguntase por la extraña pervivencia de la estatuaria griega.

A diferencia de la ciencia, que vive en el orden metafísico de las oposiciones, con la operación poética de la *forma* el arte aborda lo universal en la propia tensión de la presencia sensible, en la inmediatez oscura de lo local. Facilita la reconciliación del "espíritu" con la "materia", de la libertad con la necesidad, de la voluntad de orden de los hombres y la entropía del cosmos. Hay arte, más allá de lo meramente técnico, como una respuesta al problema radical de la *supervivencia*: para aplacar, abarcar una experiencia humana que ha sido tocada por la alteridad de lo desconocido. El trabajo artístico cura un dolor que se ha mostrado incurable por otros medios (por ejemplo, a través de la división social del trabajo). Lo que en un principio era convulsamente singular *se abre*: la obra comunica, de un modo primario, desde la sombra irresoluble que está en la raíz de toda existencia. Así pues, frente a la religión de la fluidez, de la desustancialización comunicativa, hay que recordar que toda creación humana nace de una experiencia en principio incommunicable, de una vacuola de no comunicación, un conflicto intransferible entre cada mónada de existencia (sea persona, tribu o nación) y su entorno, el afuera inmediato que le da vida.

Al margen de los dogmas actuales de la comunicación, la creación artística (y contemplar una obra es también crear, recrearla) brota del dolor de lo incommunicable, del aislamiento, de un *estado de sitio*. Sin ese peligro legendario, al menos según Rilke, no hay obra. De ahí su enorme potencial comunicativo, su "cosmopolitismo", pues aborda directamente el sentido desde el eje de cualquier presencia, sin exigir el consenso previo de una racionalidad que siempre está condicionada por las circunstancias. Al localizar lo "universal" en el misterio constituyente de lo diverso, le otorga a cada *topos* la dignidad de lo *utópico*, al azar el rango de la necesidad, a la modestia de lo cotidiano la enormidad de lo extranjero. El arte muestra ciertamente que el lugar, lo natal, no es esencialmente "localista". De ahí que a la obra, que nos hace regresar a un *ethos* profundo, con frecuencia se le haya otorgado una dimensión tan *ética* como *estética*.

Ahora bien, ¿qué ocurre en el plano político con los lugares? Se dan sin cesar intercambios, pero se apoyan en diferentes enclaves de la tierra, regiones arraigadas en la heterogeneidad de la geografía y el clima, en la profundidad del tiempo histórico. Lugares que son únicos en el planeta, aunque tengan con otros un aire de familia. Al pasear por Larache, Casablanca o Asilah, quien viene de Europa observa otro mundo: la gente está en la calle, mira, sonríe, te habla, te deja a sus hijos. Los olores son otros, igual que los colores, las voces. Cuando un viejo artesano del *zoco* de Tánger sale a saludarnos desde el fondo de su oscuro taller, se condensa en él una cortesía en el trato con el extranjero que más al norte se ha perdido, pues parece que tal amabilidad sólo se puede dar donde se viven los viejos límites. Por eso es inevitable que el turista, incluso el bien intencionado, entienda ese ritual de costumbres como parte de la *pobreza*. Y esto no sólo porque los niños vayan descalzos, o haya olores en las calles, sino ante todo porque esa abigarrada comunidad humana recuerda a un lento mundo primario, enredado con las sombras de la tierra, que el orgulloso Desarrollo ha dejado atrás.

El capitalismo entiende la riqueza como un tomar distancias con lo comunitario, un despegue ordenador y cuantificador que "desencanta" el mundo de paso que "reencanta" el nuevo poder social naciente[1]. Las filigranas árabes del artesanado y la caligrafía, las callejuelas intrincadas de la *medina*, que en cierto modo parecen duplicar el propio laberinto del carácter en el norte de África, son síntomas de una demora en la condición mortal, en la ambigüedad de lo inmediato, que a nosotros nos asusta. Hemos perdido la lectura en común, la comunidad de la vivienda, del trabajo, de la oración, el arte de la conversación. Existe, por contra, en todo ese mundo *curvado* (la caligrafía es curva, así como la voz del muecín que cae sobre las calles a la tarde) una profundidad espiritual que nos fascina, que siempre ha maravillado al viajero norteño. La densidad cultural y antropológica del Sur (algo que la cultura occidental, después de los románticos, siempre ha presentado en sus momentos álgidos, de Goethe a Unamuno, de Picasso a Matisse, de Pasolini a Handke o John Berger) se basa en una relación distinta con la muerte, con una profundidad de la que el Norte actual se aparta. En efecto, todo eso es "pobreza", puesto que nos ata a lo irreparable. ¿Representa un nuevo tipo de actitud colonial esta fascinación "romántica" por el sueño del sur? Es posible, pero aún así parece preferible a la otra, pues al menos le reconoce a los colonizados una suerte de superioridad moral.

De cualquier manera, esa fascinación es anómala, minoritaria, pues la teleología del Progreso que arranca del siglo XVIII europeo se basa en una *estructura de separación* ante esa experiencia, comunitaria y "pre-racional", de la que da cuenta lo artístico[2]. Tal vez por eso, dicho sea otra vez de paso, la disciplina estética quiere reducir la obra a algo "bello", ignorando la revelación que ahí se consume. De Nietzsche a Marx, de Weber a Heidegger, los críticos occidentales de Occidente han puesto la estructura profunda del capitalismo en una promesa de *elevación* con respecto esa hermandad de los seres mortales que se vivía en el orbe antiguo. Marx sitúa en el oscurecimiento de las condiciones materiales de vida el fetichismo de la mercancía. A su vez, Weber pone en el "desencantamiento" (*Entzauberung*) del mundo, con el consiguiente aislamiento de los hombres, el origen del desarrollo industrial del Norte[3]. Según esto, apartarse de los pueblos "atrasados", de la cultura comunitaria de la supervivencia, es vital al capitalismo. Éste tiene el sentido (más metafísico que económico, por eso vence en la larga batalla contra el comunismo) de aislar a cada existencia en un atomismo que después es conectado por fuera, en una gigantesca operación de seguridad donde la coherencia social debe suplir el vacío inducido en el ser de lo singular.

Antes de fundar su espacio secundario de homogeneidad, al progreso le es esencial distanciarse del atraso de una vida elemental, fundar una *desigualdad* inicial (Rousseau) que deje la supervivencia a los otros. Primero, a los proletarios y campesinos del propio país a desarrollar. Después, una vez

integradas las clases trabajadoras en un cierto nivel de bienestar, a las masas del Tercer Mundo. George Steiner insiste en que la tremenda eficacia económica de América del Norte se funda precisamente con una versión extrema de esta "doctrina de la separación"[4]. El exterminio de la población indígena (sólo muy recientemente se le ha concedido a los supervivientes el estatuto de minoría étnica protegida) estaría en el programa de un Nuevo Mundo que debe romper primero con el *virus del pasado*, con la profundidad mítica del tiempo histórico. Así pues, es lícito sospechar que los intentos modernos de recuperar culturalmente el pasado griego, medieval, celta u oriental, serían la contrapartida virtual de este desencantamiento real, un intento de sedar el *malestar* que aquella mutilación produce[5].

Existen razones, por tanto, para disentir de los intelectuales que entienden que se ha producido un drástico cambio en la lógica de Occidente a raíz de las últimas décadas, en este régimen tardío que se suele llamar postmodernidad. Una vez desarrollada la gran clase media que integra al proletariado urbano, la distancia entre el Primer Mundo y el Tercero no ha dejado de agrandarse últimamente, incluyendo la ruina de países antes relativamente prósperos (particularmente en Latinoamérica). En esta época tan habituada a las cifras, ¿nos hemos parado simplemente a pensar qué proporción de la humanidad deja fuera la llamada "comunidad internacional" constituida por los veinte países más ricos de la tierra? Aunque la oscilación es escandalosa de unas fuentes a otras[6], supongamos que las clases medias y acomodadas de esas naciones juntas sumen quinientos millones de personas (lo cual es tal vez optimista, si tenemos en cuenta las últimas "infraclasses" en Europa y en Norteamérica). Aún así, seguirían quedando fuera nueve décimas partes de la humanidad[7]. Se ha señalado que Occidente se ha sentido *doméstico* en sólo unas décadas, pero quizás esto era así desde siempre, y va a seguir siendo así para quien se arroga ocupar un papel dirigente. Si ahora se manifiesta esta dimensión "minoritaria" de lo occidental es de cara a la nueva aventura de la globalización, que exige perder nuestra antigua rigidez y esforzarnos en experimentos multiculturales que adapten nuestra fortaleza a los nuevos tiempos.

La diferencia entre países "ricos" y "pobres", la diferencia Norte-Sur, no ha dejado de agrandarse. No puede dejar de hacerlo, pues señala la línea mundial de la *separación*[8]. Mientras no aceptemos que la Esencia, el Ser, la voluntad de Verdad que obsesiona a Occidente, está en la inhospitalidad de una existencia cualquiera (y la Modernidad no puede aceptar esto sin corroer sus presupuestos), mientras Occidente siga siendo *metafísico*, poniendo la Esencia en un plano suprasensible, religioso o laico, seguirá creciendo la separación entre nosotros y el resto del mundo antropológico de la pobreza que permanece atrás, sumergido en el círculo de la finitud[9]. En esa misma medida, seguirá creciendo nuestro poder global, que se basa en ese "despegue" de las condiciones terrenales, y la necesidad de someter al resto de la humanidad a un campo u otro de concentración. ¿Aparte de los campos de refugiados que proliferan por doquier, no es el conjunto del Tercer Mundo un gigantesco campo de concentración bajo los planes regionales de desarrollo, concertados por los gobiernos de las naciones satélites con el FMI y los gobiernos de las naciones poderosas?[10]

Cualquier retórica acerca de una redistribución que atenúe esa diferencia es pura palabrería, dado que la separación, con respecto a la inmediatez de la supervivencia, y por tanto a una humanidad subsidiaria, es consustancial al capitalismo. De hecho, distinguiendo grados de limpieza democrática, la política "humanitaria" vuelve una y otra vez a remarcar esa diferencia, completando la discriminación económica con la política. A nivel planetario, el *apartheid* es inevitable. Lo que si acaso se discute, dado que nuevos países se incorporan al Desarrollo (muchas dictaduras, de Franco a Hassan II, de los coroneles griegos a Pinochet, han hecho milagros en ese sentido), es dónde poner la línea de los "Pirineos" que marca el comienzo del continente negro que necesitamos como masa de reserva. Estamos encantados de que nuevos países se incorporen a la carrera occidental pero, dado que los *pueblos de la tierra* no pueden hacerlo, si las alambradas se retiran de los Pirineos será para ponerlas en Ceuta y

Melilla, o a lo largo de la frontera con México.

Un aspecto significativo de nuestra obsesiva búsqueda de seguridad es el *envejecimiento* de las poblaciones en la zona "rica" y el constante rejuvenecimiento en las "pobres" (desigualdad que, de nuevo, estimula el movimiento homeostático del flujo migratorio). Es obvio que esto tiene relación con el hecho de que en los otros mundos no se da el cálculo económico sobre las vidas, el miedo a la *descendencia* que nos caracteriza. Ellos viven sin cesar en la *infancia de lo humano* ante los límites, ante la tierra y sus dioses, ante el afecto y la comunidad inconfesable de los hombres, justo ante aquello que el Norte, en su voluntad metafísica de huida y dominio, ha de entender como "pobreza". A fuerza de buscar aislamiento y seguridad, la lógica cultural de Occidente es *senil* frente a las comunidades que fluyen aún en la mezcla circular de la vida y la muerte. Senilidad que, por cierto, vuelve a explicar una frenética adulación occidental hacia la juventud y, en general, hacia todo lo que parezca exótico, salvaje, deportivo, libre. Ciertamente, el turismo no viviría sin esa senilidad fascinada, pero podemos también meter en este saco la indisimulada fascinación por la figura del delincuente, en general por todo lo espectacular, que recorre la producción masiva de nuestra literatura y cine actuales[11].

En general, el aburrimiento letal de la normalización ha de ser compensado con el sensacionalismo de los medios, que realzan lo endógeno como espectacular y degradan sistemáticamente lo externo como horrendo[12]. Para empezar, la vida comunitaria de los países pobres, sus muchedumbres constantes son un amenazante "diluvio" vistas desde la seguridad y el solipsismo de las poblaciones protegidas del Norte, desde su feroz culto de lo privado. La propaganda sobre las calamidades, el hambre y la miseria que azotan a los países lejanos proviene del etnocentrismo que caracteriza a Occidente, incluso cuando es bienintencionado[13]. La imagen catastrófica con la que se recrean los países ricos reconstruye a diario una "tierra de nadie" que nos protege, un cinturón de seguridad vital, puesto que ante el horror exterior (nunca es noticia una feliz familia árabe o rusa simplemente sentada a la mesa) todos nuestros males parecen livianos.

El consumo y sus dividendos espirituales toma asiento en la información, en sus reflejos condicionados, que escanden el tiempo. La visión atomizadora de los telediarios mantiene su desfile ininterrumpido de pueblos menesterosos y una retahíla de acontecimientos que, surgidos sin explicación, desaparecerán sin que sepamos su desenlace, pues sólo interesa la cresta de la marea informativa. Ayer Biafra, hoy el Zaire, mañana Timor o Cachemira, sus conflictos y penurias no se distinguen realmente de las catástrofes naturales, tornados, incendios, inundaciones que nos acosan, protagonizados sobre todo por la pobre gente atrasada. Con estos rituales fáciles y poco costosos de cubrir, la evocación periodística del mundo no está hecha precisamente para politizar, no digamos fomentar la fraternidad. Al contrario, sólo puede contribuir a aumentar los temores xenófobos (por lo demás, compatibles con la piedad a distancia: apadrinar niños por correo, etc.). Lo que importa aquí es sentirse unidos, a ser posible gestionando la vida de unos miles de seres atrasados, apartados[14]. Todos esos "pasillos" que abrimos para enviarles nuestra ayuda son en realidad pasillos de la desgracia a través de los cuales importamos sus fuerzas vivas y la energía de su infortunio. Es nuestra forma de exclusión, de practicar un *apartheid* tan necesario como implacable. Nombrándolos constantemente como víctimas, reconvertimos a personas y países enteros en satélites de nuestro poder, tan mortífero como neurótico.

En España se cree que el Magreb entero quiere emigrar en masa. Aunque esto crea problemas crecientes, por otra parte estamos orgullosos de que sea así, pues en el fondo confirma el diagnóstico que siempre hemos hecho, según el cual aquí se vive incomparablemente mejor. Al pensar sistemáticamente de este modo, se olvida que la noción de *vida* cambia radicalmente de una latitud cultural a otra (incluso entre países emparentados, como España y Ecuador). Gran parte de la población

de un país "atrasado" tendría que ser internada por depresión en medio de la atonía vital que genera la "calidad de vida" propia de las naciones desarrolladas. De hecho, fijémonos que el grueso de la población inmigrante subsiste anímicamente *gracias* a permanecer reducidos en ghettos donde, al menos en el tiempo de ocio, conservan sus costumbres. Al imaginarnos los móviles de la emigración se olvidan los gobiernos que hemos estimulado en esas latitudes, defendiendo ferozmente nuestros intereses[15]. Por ejemplo, es evidente que la crisis de la región de los Grandes Lagos sería imposible sin la pobreza y las prácticas de exclusión, avivadas por los integristas étnicos manipulados por los gobiernos de la zona, el incremento del tráfico de armas, la crisis de los refugiados y la divergencia de intereses y objetivos entre Francia y los Estados Unidos, que se enfrentan por Zaire y Uganda interpuestos, empeñados en la hegemonía regional en nombre de la francofonía y la anglofonía[16].

Al evaluar como un movimiento espontáneo las corrientes migratorias, se olvida también la propaganda que barre sistemáticamente el Tercer Mundo (por ejemplo, norte de Marruecos) con la imagen espectacular del consumo, con su promesa de una ruptura general de los límites tradicionales[17]. Con un "pequeño relato" dirigido preferentemente hacia los niños, la juventud y los inmigrantes (en suma, la población de recambio), se logran víctimas fáciles de una publicidad ante la que la parte nuclear de la población de la sociedad de consumo permanece inmune. Aún sin ninguna pretensión real (de hecho, su gracia, también su impunidad legal, estriba en su carácter manifiestamente fantástico), la publicidad es ferozmente ingeniosa, expresando a todas luces la llegada de la imaginación al poder. El deseo del niño, o del inmigrante, pone el resto.

Ciertamente, E. W. Said parece tener sólidos argumentos cuando dice que, incluso a través de la figura del occidental progresista, se ha puesto en pie un nuevo tipo de colonización cultural y económica que sustituye a la militar[18]. Sin ir más lejos, ¿es que acaso el turismo no es imperial? El hombre septentrional, ocultando que ha vivido como un esclavo de la competitividad once meses del año, pasea en vacaciones su ocio y su nivel de vida ante los ojos asombrados del autóctono[19]. Todo este mecanismo, en el que el norteño demuestra una vez al año la superioridad que le anunciaban los medios todos los días, desarraiga a un país de sus raíces, le hacen dependiente del lujo consumista[20]. Es posible que la juventud del Tercer Mundo no emigre buscando precisamente la subsistencia, escapar de una amenaza terminal, sino más bien *escapar de la mera subsistencia* (particularmente agrícola) a la aparente infinitud de la cultura del consumo[21]. Lo característico de un país en "vías de desarrollo" es que todo el mundo quiere instalarse en el "sector terciario" de los servicios y nadie quiere seguir en relación con lo elemental (aunque la agricultura industrializada tiene quizás poco de "elemental"). Del mismo modo que en Argentina o en España la población se ha concentrado en los núcleos urbanos, despoblando zonas enteras del campo[22], parece que a nivel planetario ocurre lo mismo con los países pobres con respecto a los ricos. También en este caso la motivación parece tan "cultural" como "económica".

La emigración, con cuya *necesidad* y con cuyo *control* todo el mundo está de acuerdo en diversos grados, aparece así, para la derecha y la izquierda parlamentarias (una vez más, separadas sólo por milésimas[23]), como una forma de sanear a parte de la humanidad, que de este modo sería librada del horror de sus costumbres atrasadas. En este sentido, puede decirse sin temor que somos *estructuralmente racistas*, una estructura que, por supuesto, es cada vez más compatible con formas políticas correctas, incluso multiculturales. Al respecto, y esto parece especialmente claro a raíz de algunos recientes deslices verbales en España, tal vez tienen razón los que insinúan (como hace Baudrillard) que personajes como Le Pen o Haider sólo dicen en voz alta aquello que para sus adentros piensa el espectro político democrático[24]. Sería interesante ver lo que en *algunos* problemas internos europeos (¿el caso de la Liga Norte en Italia, el caso catalán o vasco en España?) hay de este estructural

racismo industrial del Norte hacia el subdesarrollo del Sur.

Se ha comentado que la política de "derechos humanos", en cuyo nombre se ha justificado más de una guerra[25], es con frecuencia el complemento cultural de nuestro imperialismo económico y militar. Al aparecer sistemáticamente la humanidad exterior como Víctima, mientras sus dirigentes lo hacen frecuentemente como Verdugos, el orden occidental se siente "global", con el derecho y aún la obligación de gestionar las vidas de los otros[26]. Casi todos los intelectuales occidentales progresistas (también es el caso de Enzensberger) se suman al ideal de un sueño blanco de civilización que extendería a un nivel mundial su lista de "mínimos" de derechos humanos. Por supuesto, en la larga hilera de horrores empleada para justificar su urgencia sólo se menciona el mal de los otros (prisioneros chinos, mujeres oprimidas por la cultura árabe, mafias rusas, explotación infantil), sin realizar nunca el esfuerzo de pensar cómo podría ser vista nuestra normalidad social si los otros estuvieran armados de idéntica voluntad de información y civilización mundiales, incluida la capacidad militar que la respalda. Por ejemplo, qué se podría decir desde fuera de nuestra masiva explotación infantil (en el espectáculo, en el consumo, en la escuela), del encuadramiento juvenil que realiza la escuela obligatoria. Sobre todo, qué se podría decir de una voluntad de normalización económica (nuestra "igualdad" siempre está subordinada a ella) que tiene el precio de un implacable sometimiento de cada existencia adulta a las leyes del mercado, a los imperativos mediáticos del consumo y a la dependencia obligatoria que legaliza el Estado.

Por otra parte, si los derechos humanos son el "mínimo", ¿qué hacemos con la mayoría de la humanidad? Las distintas instancias económicas supranacionales, la ONU, la OTAN, las ONG aparecen como instrumentos de civilización, llegado el caso, a través de una guerra justa consensuada por la "comunidad internacional". No es casualidad que los derechos humanos sean un cúmulo de vaguedades perfectamente maleable, interpretable en mil direcciones. Pero quizá esto se debe a que basta con expresar a través de ellos una intención mundial civilizatoria. Se da por supuesto que su "concreción" depende de cada circunstancia, de quién se siente en el banquillo de los acusados y de quién tenga la fuerza[27]. De un lado son perfectamente abstractos, tanto, que sin estar escritos pertenecen al sentido común de casi cualquier cultura. De otro, la forma en que están escritos, entre paternal y amenazante, avala su carácter de arma política de Occidente sobre el resto del mundo. Que en principio son "papel mojado" cuyo cumplimiento amenaza sólo al mundo exterior que sea declarado enemigo, cuyas costumbres comunitarias quizás no están protegidas con el caparazón de la privacidad, se manifiesta en el hecho de que la sola redacción del primer artículo[28] es tal que su estricto cumplimiento echaría por tierra toda la lógica empresarial que, bajo el blindaje privado, alimenta a la gloriosa empresa occidental. No hablemos ya de la política mundial de las grandes potencias desde la última guerra[29].

En realidad, la Declaración Universal de 1948 representa sólo el tinte humanitario para el escenario mundial que precisan las intervenciones políticas posteriores a la Segunda Guerra. Los derechos humanos son el firmamento desde donde se dirime y se expresa la propaganda política de las distintas relaciones de fuerza. Es conocida, como índice de esta relatividad, la larga lista de agravios comparativos. Por una parte, hemos visto a distintos regímenes (el de Franco, los Pahlevi o Hussein; el de Marruecos o la China comunista) pasar, según los intereses estratégicos, de la condición de aliados de Occidente a enemigos de la humanidad. Por otra, dejando aparte la larga lista de cadáveres calcinados en Vietnam, hemos visto en la TV cómo el general Douglas Rhane, alto cargo militar de la operación Tormenta del Desierto, defendía sin pestañear el enterramiento en vivo de cientos de "diablos" iraquíes que, al fin y al cabo, no merecían que se arriesgase ni una sola "vida americana". Pudimos asistir atónitos a una ETA puede tener uno de sus más conocidos presos, acusado de varios asesinatos, en la comisión del parlamento vasco de Derechos Humanos. Gracias en parte a su papel oficial de víctimas privilegiadas del Mal del siglo, hemos comprobado incluso cómo el Estado de Israel puede legalmente

torturar a líderes palestinos, o amenazar públicamente con su inminente asesinato, sin que pueda lograrse siquiera una condena explícita en la ONU. En unos casos y en otros, la posibilidad de sortear o utilizar a fondo la lista de los Derechos Humanos depende de qué fuerza económica, militar y política, de qué *pedigree* democrático se posea. Pero esto, en definitiva, relega la universalidad real de los Derechos Humanos al alcance de los misiles estratégicos. Los submarinos atómicos y las cabezas nucleares intercontinentales es lo único que permite concretar la fuerza moral planetaria de nuestra interpretación de esas exigencias mínimas para la humanidad.

En general, toda la corriente "ética" hoy en boga, ligada estrechamente a la heteronomía que impone la institución general de la información, funciona como una prolongación de la política estatal, dictada desde arriba y encadenada a la peor de las abstracciones[30]. En última instancia, debe complementar el aislamiento del ciudadano medio, su completa impotencia privada, su íntima complicidad con el orden social y la radical parálisis de toda rebelión (que queda para el horror del terrorismo), con una dependencia mediática que le permite el simulacro de una toma de postura "moral", con su amago de solidaridad activa. Bajo esta óptica, los derechos humanos son el aceite que necesita el sistema económico mundial. En último caso, son necesarios el remordimiento, la compasión, la autocrítica incluso (*after de facts*) para que las cosas funcionen[31]. En pocas palabras, el papel del humanismo de corte europeo, como en general la izquierda socialdemócrata de uno y otro lado del Atlántico, no hace más que complementar la fuerza brutal de una *America* (según dicen ellos, como si Colombia o Brasil no existieran) en quien delegamos el trabajo sucio para mantener el orden en el mundo. La misma fuerza azul que arrasó Hiroshima o Vietnam, la misma que se declara "neutral" ante el intento golpista de Tejero en España, encuentra así en los años 90 un velo suave, teñido con la transparencia de una alianza internacional, con el que cubrir sus iniciativas recientes.

Discusiones, seminarios de fin de semana, comisiones de ética entre "expertos" y buenas gentes que jamás se han visto ni se verán en apuros[32] flanquean nuestra constante ofensiva económica y bélica sobre el mundo. En este terreno, todo es ganancia para la cultura de la normalización. Y de esto no se libra ningún extremo. Quizás la cultura del consumo, su encierro y su consiguiente afición a los efectos especiales, encuentra en el caso del horror nazi, convenientemente interpretado por la pueril mentalidad norteamericana[33], el paisaje ideal para dar rienda suelta a una "ética" que complementa a una economía implacable. En relación al recurrente caso del Holocausto, y quizás como balón de oxígeno para la constante ofensiva política del estado de Israel, ya ha sido denunciado el negocio editorial, cinematográfico y político que supone el uso constante del horror de Auschwitz[34]. Formando parte de la información global sobre la barbarie del exterior no civilizado (de hecho, en todo ese inacabable relato los nazis siempre aparecen como si fueran bestias venidas de otro mundo) el retorno constante a esas escenas brutales tiene un inmediato efecto exorcizador. Después de ellas, por una simple ceguera de contraste, todos nuestros defectos resultarán, si no invisibles, al menos livianos. En definitiva, es preciso compensar el penoso encierro en este presente digital, compensar la falta total de coraje para apostar por una energía nueva (que sería incierta, como todo porvenir), con la fascinación perversa en el eterno retorno a las fuentes de la violencia[35]. Así, el horror que durante décadas había sido asumido como *nuestro* (y esto ocurre incluso en la Francia de la posguerra), ahora es tratado una y otra vez como el producto de una invasión extraterrestre, de una Alemania que, olvidando que llegó a París en treinta días, sería ajena a la estructura de la Modernidad occidental.

Con las guerras neocoloniales y los campos de refugiados, perfecto reverso negativo de un orden mundial que se pretende inmanente, conseguimos en realidad confirmar nuestra imagen caótica del exterior y una reconversión fulminante de las culturas ajenas, que pasan de tener una subsistencia relativamente independiente del mercado mundial a depender directamente de nuestra ayuda. Son,

utilizando el lenguaje de Augé, los más gigantescos "no-lugares" que reservamos para los habitantes de la tierra[36]. A diferencia de lo que pensaba Arendt[37], el fenómeno de los refugiados en el mundo, que sumados a la inmigración han pasado de ser un fenómeno marginal a ser un tema clave (en Europa, desde la Primera Guerra no han dejado de crecer), no pone en realidad en entredicho la filosofía de los derechos humanos, aunque éstos fueran pensados para el ciudadano con plenos derechos del Estado-Nación. Los nuevos *Lager* de refugiados y sus gestores (la prensa, la burocracia de la ONU, las ONG, los artistas y fotógrafos famosos, etc.) se convierten en un decorado excelente para ejercitar nuestra solidaridad a bajo coste[38].

La aldea global no es una arriesgada aventura, un experimento audaz con la diversidad, tal y como suponen sus propagandistas, sino una gigantesca compañía de seguridad que prolonga las motivaciones imperiales de antaño. La globalización prolonga de un modo acelerado, con una velocidad que nos ahorra mostrar la ingenua meta única del siglo XIX, la tradicional ofensiva occidental sobre los pueblos de la tierra. Si esta ofensiva es hoy más económica y cultural que militar (la derrota de Vietnam marcó en este sentido un punto de inflexión en la inteligencia política europea y norteamericana) es porque se permite el lujo de delegar en las elites locales, ilustradas o tribales, la labor de reordenamiento que antes correspondía directamente a los imperios centrales. La globalización exige *adelgazar*, aligerar, desarraigar el carácter de comunidades, hombres y países para convertirlos en átomos intercambiables, equivalentes en el modelo de fluidez que marca la alianza metropolitana. La globalidad supone una conexión acelerada (las tecnologías de tiempo real permiten eso) que exige el aislamiento de lo local con respecto a sus raíces, su desarraigo y su conversión en un duplicado que se comunica por fuera, con autopistas especializadas. La destrucción de lo comunitario (familia, costumbres, clanes, etnias, naciones) se realiza a manos de la rápida asociación (*Gesellschaft*) de seres homogeneizados por la nivelación social, la que realiza la potente superficie del mercado. Como se suele decir, con ello se logra una versión aparentemente no sangrienta del famoso "de uno en uno y con el carnet en la boca". El ghetto chino, árabe o eslavo (y son también un ghetto amplias zonas del Tercer Mundo, literalmente valladas) es el correlato colectivo de esta dispersión, reduciendo la cultura a una reserva aislada, sin entorno ni raíces.

El multiculturalismo de corte angloamericano es su ejemplo típico. Tal aparente hibridación deja la *diferencia* para el folclore y la oferta turística, relegando lo comunitario a lo privado, o al secretismo de las sectas, una vez que el país ha sido normalizado con el patrón económico de la atomización y la equivalencia[39]. En resumidas cuentas, el resultado de esta nueva campaña civilizatoria es impulsar una vida *supracional* en lo económico e *infracional* en lo cultural. Las tendencias fragmentarias experimentadas en alguna gran cultura nacional (sea Rusia, España o Italia) no son quizás ajenas a esto. Sin embargo, es preciso recordar que una cultura privada no es cultura, pues ha destruido su tejido, su humus comunitario. Se respetan y se cuidan las "culturas" una vez que las culturas no valen nada, desarraigadas del *modus vivendi* que las hacía operativas como instrumentos de resistencia, de un destino singular. La famosa "sociedad abierta" que defienden los liberales se basa en el cierre[40], la clausura (que nunca ha excluido la guerra) de toda forma de vida exterior que sea cultural en el sentido fuerte, antropológico, pre-capitalista. Junto con la incipiente *limpieza genética* para sus propios ciudadanos (nuestro mundo es tan "libre" que necesita soñar desde hace un siglo con la posibilidad de seres humanos diseñados), Occidente practica en realidad una implacable *limpieza cultural* a nivel planetario, aunque casi nunca, al menos en las cercanías, tome la forma de una directa y sangrienta "limpieza étnica".

Todo esto significa un intento de llevar la planificación, la voluntad occidental del *diseño*, de cuño puritano, hasta la fibra de la existencia. En este sentido, es una gigantesca falacia esa idea de que el

mercado sigue reglas espontáneas, libres de disciplina y de "maestros pensadores". Por el contrario, ha logrado una planificación consumada en un sistema múltiple, en una rotación rápida que adapta la disciplina al cliché de la vida individual. Entre otros, Foucault y Deleuze se han extendido abundantemente sobre el particular[41]. Puertas adentro, el imperio vende "deconstrucción", "debilitamiento", "fragmento"... Pero todo esto mientras *fortalece* y engorda la cultura mundial, una normativa huracanada que arrasa la cultura antropológica. Lo que Fukuyama denomina "cultura del consumo" representa una renovación del colonialismo: se consume todo lo que no sea el espacio del mercado, de una mundial *aculturación* que se expande. Se trata de un nuevo tipo de barbarie, que de hecho nunca ha excluido las armas. Ya Thomas Mann recordaba que la *civilización* es un enemigo potencial de la *cultura*.

La relativización de los conflictos internos (durante años, en media Europa, incluso e España, se ha tratado a ETA con guante blanco) es pareja de la absolutización de los conflictos externos. En efecto, una "teoría de la relatividad generalizada", que algo tiene que ver con la dinámica de nuestras sociedades, es contemporánea de la bomba atómica para los otros. Toleramos fácilmente una diferencia débil, que se corresponde con el papel de víctima indefensa que le asignamos a los pobres que se humillan pidiendo ayuda. Se la daremos, a cambio de rehacerla a nuestra imagen y semejanza. En caso contrario, salvo que esté recubierta con el poder mundial que señalan las armas nucleares, habrá que hacer *sangrar* a la médula de esa diferencia hasta que entienda qué significa el nuevo orden. Antes y después de la caída del muro, los conflictos regionales (en realidad, *mundiales* para los implicados: Vietnam, Irak o Serbia) son devastadores, sin que el satanizado enemigo de turno tenga siquiera el privilegio de las leyes de la guerra[42]. Las sociedades normalizadas de Inglaterra o USA, de Alemania o Francia, desencadenan a la fuerza una violencia mortífera cuando tropiezan con un rival que, incomprensiblemente, no se entrega al Evangelio de un mercado que no quiere más historia. En ese caso, al fin y al cabo se trata de algo más o menos demoníaco, el enemigo será eliminado a distancia, con prácticamente cero bajas por parte del *bando azul*. Al margen incluso de la ofensiva bélica, el cerco económico implacable que se cierne sobre algunos países muestra, una vez más, que los intereses geopolíticos priman sobre el sufrimiento de la gente, incluyendo niños y enfermos.

Un sistema imperial clásico condenaría a muerte a tal o cual individuo, a cierta secta criminal, arrasaría Cuba o Irak. Pero éste, al menos si en algo influye la sensibilidad europea, se limita a presionarlo y herirlo (sin un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, más bien desde la higiénica distancia que permite la tecnología), para que por último se desdoble, relegando su singularidad a un fondo más o menos turístico y aceptando la lógica de la circulación. Nuestro racismo dinámico soporta a un Otro que se humilla, que dimite de su cultura y pide ayuda como víctima, de ningún modo a uno que nos mira arrogantemente a la cara, que tal vez nos considere a nosotros, los elegidos, como si fuéramos los otros, con los que hay que ser tolerantes[43]. Hay ciertamente un trasfondo psicológico (no sólo industrial) que exige, de vez en cuando, una guerra justa. Tras años de monotonía cotidiana, deprimente servidumbre económica, frustración contenida y paro dramatizado, al fin ha de aparecer un terreno donde todos podemos practicar virilmente la decisión, de paso que se nos sirven sus devastadores efectos a distancia. Sin prácticamente ninguna baja en el bando aliado, nuestros dirigentes ganan imagen televisiva a costa de un enemigo al que nunca le hemos visto la cara[44]. La misma "comunidad internacional" que ha sostenido durante años a tiranos, que ha promovido a conocidos genocidas al premio Nobel, que mantiene democracias como las de Arabia Saudí o Argelia, se apiña entonces contra cualquier demonizado pueblo lejano que buena parte de los ciudadanos de Occidente no sabrían situar en ningún mapa[45].

Si la historia, para los países ricos, se dice que ha *finalizado* es con una actitud profundamente

prepotente. El "fin de la historia" marca de hecho la línea de un nuevo clasismo, un modo geográfico de separación y defensa del privilegio de las grandes potencias[46]. Olvidando sus propias bolsas interiores de escasez, los países ricos suponen que ya están globalizados, es decir, que han asumido la exterioridad de la naturaleza y de las otras culturas dentro de su autorreferencialidad. Por tanto, ahora es a los parias lejanos a los que les toca el turno de aportar los muertos, los que se han ahorrado en su anterior retirada ahistórica, alimentando nuestro pequeño relato digital con el relato sangriento, convenientemente filmado, de sus desgracias (efectivamente, como lo demuestra el recurrente ejemplo del Holocausto judío, el único Gran Relato admitido hoy es la epopeya de las víctimas). Pero todo esto, por supuesto, lejos de nuestro bienestar, a ser posible sin manchar sus paredes. El tan cacareado "fin de la historia" tiene el fin de declarar fuera de la ley, del nuevo orden mundial, todo aquella nación que luche por un orden social distinto. Calificándola de terrorista, fundamentalista o simplemente estado-delincuente será tratada con los métodos expeditivos que recibe el cáncer. Dada la virulencia "regional" de los últimos conflictos, tal parece que el concepto de Fin de la Historia fuese un arma disuasoria más, que guía la cabeza inteligente de los nuevos programas estratégicos de misiles.

Sin embargo, se ha producido un retorno del *pathos* comunitario de las culturas. Después de la caída de los bloques ideológicos, tras el deshielo de los muros de la guerra fría, ha aparecido un oponente *cultural* a la lógica mundializadora del consumo. Así, Soljenitsyn, la Rusia postcomunista entera, el Islam vuelven a ser las bestias negras para Rorty, Henri-Lévi y todos los ideólogos liberales que creen la Democracia occidental es el estadio final de la humanidad. Con razón, se teme que las zonas culturales se rebelan no por quedar "excluidas" de los beneficios del reparto neo-liberal, sino por rechazar en bloque esa noción de pobreza y riqueza. Cuando se habla de *choque* de culturas, aunque no sea el caso de Huntington, se hace casi siempre en un contexto global dinamizado por un vector dominante, desde el punto de vista del ideal de hegemonía occidental, que ahora habría topado con un postrer peligro. En efecto, que alguna de esas culturas estén armadas, política y militarmente, que existan otros focos de poder (Rusia, China, Irán, India, la misma Francia) parece favorecer la posibilidad de que los países pequeños, para defender su singularidad, jueguen con las rivalidades de los grandes (¿no ha habido de hecho más abusos, más guerras regionales, desde que ha caído el muro?). Naturalmente, no se trata de que esos gobiernos sean intrínsecamente mejores que los nuestros. Simplemente, obedecen a intereses contrapuestos y, con su particular resistencia o incluso su "nacionalismo", dificultan que se cierre sobre los pueblos de la tierra el círculo del poder global[47]. De ahí la importancia geopolítica de que el orbe hispanohablante tome en serio el enorme peso cultural que ha heredado. Para ello, abandonando el seguidismo de los distintos focos, España debería seguir el caso ejemplar de Francia (tan "chauvinista" a los ojos europeos: los vecinos tienen eternos litigios), con su relativa independencia política de otro tiempo y, al menos, su insistencia en la "excepción cultural" ahora.

Aún con sus excesos, lo que en Occidente llamamos genéricamente "fundamentalismo" forma parte del mismo proceso de resistencia cultural y se alimenta de una reacción desesperada al carácter neo-colonial de la globalización[48]. Ésta, al fin y al cabo, es impulsada por una *localidad gigantesca*. De hecho, las tres condiciones clásicas de una nación las cumple básicamente la flamante entidad "global": idioma, el inglés; territorio, el espacio virtual de los conectados; cultura, la comunicación, con su nueva cohorte de herejes, opacos a la transparencia, que es preciso mantener cercados. Igual ocurre con el nacionalismo: no sólo Milosevic, Saddam Hussein o Gadafi, sino que Nasser, Perón, Castro o Hugo Chávez han sido para Occidente poco más que meros delincuentes. Se habla mal de sus políticas desde posiciones de fuerza, desde naciones que tienen ya garantizada su posición ventajosa de un modo correcto[49]. El nacionalismo de los otros está en descrédito desde que las grandes potencias tienen asegurado el suyo en términos mundiales, militares y económicos, con la dependencia a la que han condenado al resto. En este sentido, incluso al margen de eventuales fiebres patrióticas, nadie más

nacionalista que EEUU, Inglaterra, Japón o la Unión Europea. Ser cosmopolita, con una proyección "internacional", es la faz que toma el ultranacionalismo de los grandes[50].

Los países fuertes pueden preconizar lo contrario de lo que practican a diario porque su proteccionismo se basa en el control férreo que ejercen de las leyes planetarias del mercado. En las naciones opulentas el proteccionismo ha descendido al nivel microfísico de los individuos, o de la unidad empresarial, auténticos átomos blindados ágilmente contra el resto. Sin embargo, el maquillaje del papel del Estado en la retórica liberal tiene el fin político de difuminar los centros reales de Poder y, con ellos, los espacios de posible resistencia, creando la ilusión de una época de pluralismo inmanente. A pesar de ser cierto que el Estado se ha retirado a un segundo plano, como *vigilante nocturno* del libre juego empresarial, es pura propaganda ese discurso relativizador. Los países ricos tienen su Estado acorazado en el bienestar, cristalizado en la potencia del mercado, en la regulación múltiple de lo económico. De hecho, la propia ola actual de privatizaciones es un instrumento estatal, que sigue actuando de modo indirecto a través de la regulación y la presión fiscal. El Estado es también clave para asegurar la pervivencia política de las federaciones y las alianzas: el caso norteamericano a nivel mundial, el caso alemán a nivel europeo son significativos. ¿Qué sería por otra parte de la ONU, de la OTAN sin ciertos Estados? ¿Qué sería de la Unión Europea sin los estados alemán o francés? Sobre todo, ¿en qué estriba la diferencia de peso político y militar de USA, frente a la UE, más que en la constante resolución política del estado federal norteamericano frente a la ensalada burocrática de los socios europeos? Si éstos, puertas adentro, pueden volcar toda su resolución política en discutir indefinidamente el precio de la mantequilla, es sólo *después* de que la hegemonía mundial está asegurada, aunque sea bajo el paraguas nuclear norteamericano. En este sentido, se tiene razón cuando se recuerda que la sangre y el fuego para muchos sigue siendo la condición del bienestar pretendidamente inocuo de algunos[51].

Así las cosas, ya que los grandes ya lo hacen, no podemos más que abogar porque los países pequeños defiendan firmemente sus fronteras. Sólo desde el respeto a ellas puede haber comercio, intercambio. La retórica de la disolución de las fronteras sólo favorece al más fuerte, a las naciones que tienen sus muros, y su proteccionismo, *proyectados* en una economía que ha penetrado ya el interior de los otros países (la deuda externa es sólo un aspecto de esto). Las fronteras tienen además la ventaja simbólica de señalar el comienzo de una alteridad geográfica y cultural, de un territorio desconocido. En general, cuando una nación relaja sus perfiles es para dejarle sitio a otras. No existe la "globalidad", sin más, como una nube azul que nos libra de la necesidad de reactualizar los viejos dualismos críticos, de buscar una real "infraestructura" de dominio bajo esta flamante "superestructura" postmoderna. Si un poder se presenta como planetario está simplemente hablando desde *otra localidad* más poderosa y amplia (como es el caso ahora de la Unión Europea, de USA). Nueva *patria* que con frecuencia utiliza su fuerza para, en primera instancia, hacerse invisible como tal localidad política, como sistema de poder determinado, pasando así por indiscutible.

El nacionalismo tiene mala prensa desde los grandes, pero es vital para los pequeños. La comunicación, el intercambio, la misma paz es el resultado de relaciones inestables de fuerza, pues las raíces antropológicas y geográficas de la cultura impiden que la comunicación mundial sea homogénea, neutra, estabilizada en un plan general. Al margen de los logros coyunturales que impongan las relaciones de fuerza, no hay ninguna posible representación estable de lo "local" en la pantalla "global". No creemos en ese nuevo Dios. Las relaciones entre lo local y lo global, entre los pueblos y los centros de poder, son esencialmente tensas, y esa tensión es la que mueve la historia[52]. No hay ninguna posibilidad de que la mundialización integre, ni siquiera a través de una violencia mutiladora, a la diversidad terrenal. Cuando se habla de mundializar, homogeneizar e igualar, se dice siempre con respecto a un patrón previo que ha impuesto el Norte. Se globaliza en realidad una parte privilegiada,

corriendo la línea de discriminación, expulsando a los márgenes una heterogeneidad que vuelve a ser satanizada como "miseria" o "tiranía". Ciertamente, para que la unidad orgánica de las fuerzas, la finitud de la existencia se mantenga constante, es necesario que lo que se gana por una lado se pierda por otro. Alguien tiene que soportar el peso de la elevación capitalista, mantener abajo la relación con la tierra, con la materia prima de la supervivencia.

Toda sociedad se asienta sobre una masa de hombres sacrificables. Tal vez, teniendo en cuenta esta ley terrible, sea cierto que el hambre y otras secuelas actuales de la miseria no sean un accidente, sino una *estructura* del orden económico mundial. Pero entonces, quizás el papel de las naciones pequeñas, y de los movimientos sociales, sea resaltar esa pérdida y negarse a soportar pacientemente su peso, sin reenviar su negatividad a la metrópoli, al centro de poder responsable. Desde el punto de vista de la justicia, por tanto, el único problema son las relaciones de fuerza, la capacidad de la pobreza para resistir, para mantener su cultura y territorios provisionalmente libres.

Aunque el llamado "fin de la historia" persigue ese espejismo, la Democracia no es un universal abstracto, un absoluto institucional que permita juzgar neutralmente el conjunto de la vida y la historia de los hombres. La hemos utilizado, por el contrario, en un sentido discriminatorio, como un instrumento de superioridad y dominio. No como si fuera el "menor de los males posibles", sino como el definitivo descenso del reino de Dios a la comunidad política de los hombres, señalando a sus elegidos. Sin embargo, la misma idea de libertad es relativa a la existencia, por tanto, en un plano colectivo, a la experiencia que encierra cada cultura. Y toda cultura es, paradójicamente, una suerte de *absoluto regional*, antropológico. La cultura es un sistema envolvente, forjado en la experiencia trágica de unos límites (geográficos, climáticos, simbólicos). Defendemos, pues, un relativismo radical según el cual no puede haber una política mundial, uniformada bajo ciertos patrones (la "riqueza", los "derechos humanos", la "igualdad", etc.), que no sea etnocéntrica, en definitiva imperial, inhumana. Por decirlo de otro modo, una política mundial sólo debería ser negativa o defensiva, limitándose a actuar, después de los hechos, sobre sucesos flagrantes. En caso contrario, la política mundial aumenta el mal en el mundo, estando abocada incluso a la catástrofe, aunque sea bajo el manto de lo que se dado en llamar *globalitarismo*.

Aunque es posible que esta idea parezca romántica, o directamente reaccionarias, deberíamos concluir que no hay solución política global, no debe haberla, para lo que llamamos "los males del mundo", una vida ajena sistemáticamente juzgada como miseria desde la alienante opulencia occidental. Deberíamos alegrarnos, en nombre del devenir libre de la humanidad, de que esto sea así, de que el mundo no tenga solución. En un tiempo donde la coartada del Poder es su fusión con la individualidad (cultural, nacional y personal), la simple afirmación de lo *impolítico*, como ser universal de cualquier existencia, tiene un indispensable potencial crítico. En todo caso, no supone en modo alguno preconizar un retorno a la "ley de la selva", puesto que la espiritualidad de la existencia desnuda (más comprendida quizás por Rousseau que por Hobbes) envuelve a su aparente desorden, cubriéndolo con el techo de las culturas. La tarea política es hoy amar a una humanidad sin Estado, sin cuerpo político, sin articulación general posible[53]. Amar el "estado de naturaleza" del hombre, sin pedirle ninguna señal de identidad aparte de su misterio constituyente. Quizás, en la línea de Rousseau, esto ya es entrevisto por Kant, cuando piensa en una universalidad *formal* de la intención, de la voluntad (que en definitiva decide la autonomía inescrutable de cada cual), más que en unos contenidos materiales que puedan ser universalizables[54].

Los hombres no son iguales, sino *hermanos*, hijos de un mismo silencio irresoluble. Lo que nos une es lo que nos separa, el abismo de una existencia universalmente singular, su asiento en "lo desconocido

sin amigos" (Blanchot). Según la versión "laica" de esta verdad, ejemplarmente la de Sartre, la *nada* es la única raíz común de la condición humana, el único "absoluto" bajo la relatividad de todos los proyectos[55]. Paradójicamente, el relativismo en el orden superestructural es la condición de recuperar el absoluto existencial, antropológico. Cuando hablamos de relativismo cultural, lo hacemos en nombre de ese absoluto ahistórico, espiritual, del que las culturas dan cuenta y que habría que respetar. En el sentido fuerte, antropológico, cultura es un trabajo con lo inculto, una reconfiguración de las raíces. En el corazón de las culturas, la religión nos muestra que la vida humana no puede desarraigarse de su humus en lo Otro, en una limitación esencial no susceptible de progreso, pues hunde sus cimientos en lo desconocido.

Es cierto que es necesario evitar ser "apocalípticos", pues la humanidad ya ha sorteado todos los peligros, pero aún así hay que resistirse a la mundialización. Al menos, oponerse a que ésta se complete en el plano justamente cultural, político, moral (cosa que parece ser hoy la máxima aspiración de la socialdemocracia). Es preciso, no completar la mundialización política y moralmente, sino más bien tener el valor de *descompletarla*, de bloquear continuamente su cierre, impidiendo su extensión a la cultura.

Es de suponer que la función del arte y el pensamiento, si tienen alguna autónoma, es redoblar los focos de resistencia a la circulación (¡Seattle!), al imperialismo uniformador del valor de cambio, a esta flamante violencia de la fluidez. El destino de la cultura es mantener el espacio del secreto, reproducir el virus de la diferencia en las pantallas de la globalización, reduplicar la heterogeneidad conforme se extiende la homogeneidad[56]. Frente a todos los últimos magos, la obligación *dramática* de la inteligencia es resaltar la pérdida que conlleva cualquier avance, el accidente que le es implícito, su coste existencial. Y ello para conservar el límite orgánico, ese equilibrio terrenal que las culturas han mantenido desde tiempos inmemoriales. Esperamos aún contribuir hoy a esta tarea, bajo el discurso inflamado de tantos sacerdotes del Nuevo Evangelio.

1. En efecto, una cosa no se da sin la otra. Por eso no son precisamente inocentes las llamadas actuales a profundizar en el "desencantamiento" modernizador (sea en la línea de Fukuyama, de Bernard Henri-Lévi o de Rorty) como si eso significara sin más una liberación. "La Reforma no significaba únicamente la eliminación del poder eclesiástico sobre la vida, sino más bien la sustitución de la forma entonces actual del mismo por una forma diferente. Más aún: la sustitución de un poder extremadamente suave, en la práctica apenas perceptible, de hecho casi puramente formal, por otro que había de intervenir de modo infinitamente mayor en todas las esferas de la vida pública y privada, sometiendo a regulación onerosa y minuciosa la vida individual (...) para nosotros, la forma más insoportable que cabría imaginar de control eclesiástico sobre la vida individual, sería el dominio del calvinismo, tal como tuvo vigencia en el siglo XVI en Ginebra y Escocia y en gran parte de los Países Bajos a fines del mismo y en el siguiente, y en la Nueva Inglaterra y la misma Inglaterra durante parte del siglo XVII (...) Lo que hallaron censurable aquellos reformadores -nacidos en países más adelantados económicamente- no fue un exceso de dominación eclesiástico-religiosa en la vida, sino justamente lo contrario". Cfr. Max Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona 1994 (13ª ed.), pp. 28-29.

2. Se ha comentado con frecuencia que, en las antípodas de Marx, de Weber o Heidegger, los liberales suelen obviar todo lo que sea estructura, unidad sistémica que sostenga la "espontaneidad" del mercado. Por ejemplo, preparando los paraísos artificiales de Fukuyama o Rorty, Friedman oculta que la famosa "cooperación voluntaria" (*Libertad de elegir*, Grijalbo, Barcelona 1980) es a partir de un egoísmo fundamental y de la coerción estatal interiorizada, con su dosis de temor a la tierra y al prójimo. Friedman habla de tal cooperación como si no hubiera estructura del capitalismo, como si éste y la vida fueran lo mismo (en efecto, USA parece haberse inventado para que el capitalismo haga un experimento radical de *tabula rasa* que permita ignorar el referente de una vida anterior, precapitalista). Nuestro economista hace propaganda de una milagrosa y mágica espontaneidad que, al ignorar la

presión de la macroeconomía sobre las vidas, aparece como una fuerza divina que de hecho exige la fe, un curioso optimismo económico que complementa al pesimismo vital (la predestinación) que dio lugar al "desencantamiento" que analiza Weber. Con su optimismo civil, los liberales vuelven a creer en Dios: una vez hecho atómico al individuo, nos convencen de la fluidez de sus relaciones. En el ingenuo ejemplo del lápiz (pp. 28-30), Friedman ignora absolutamente la alienación, el temor, la violencia estatal y económica que hace falta para que gentes atrasadas colabore "involuntariamente" ("Sin obligar a las personas a hablar entre sí o que se gusten mutuamente": p. 31). Ignora, en suma, que la "mano invisible" de la cooperación de A. Smith es posterior al "puño visible" de la separación, que con frecuencia ha tomado la forma de sangrientas dictaduras. En su afán de convencer, este optimismo puede llegar al delirio: "La física moderna es tan producto del mercado libre de ideas como el automóvil moderno lo es del mercado libre de mercancías" (p. 46). Como se ignora toda la profundidad ontológica de cada existencia, su raíz "impolítica (que la hipocresía liberal mantiene oculta en la privacidad), la misma cultura, entendida como una proliferación de ideas sueltas, debe ser un elemento de la libre competencia.

3. "El aislamiento interior del hombre explica, de una parte, la actitud negativa del puritanismo ante los elementos sensibles y sentimentales de la cultura y la religiosidad subjetiva (en cuanto inútiles para la salvación y fomentadores de ilusiones sentimentales y de la superstición divinizadora del mundo) y su radical apartamiento de la civilización material; de otra parte, es una de las raíces del individualismo desilusionado y pesimista (...) Esta relación negativa con la 'cultura de los sentidos' es precisamente un elemento constitutivo del puritanismo (...) Aun el suave Baxter aconseja desconfiar del amigo más íntimo, y Bailey recomienda abiertamente no confiar en nadie y no comunicar a nadie nada que sea comprometedor para uno: Dios debe ser el único confidente del hombre. Del mismo modo, a diferencia del luteranismo, desapareció también la confesión privada (...) Bailey recomienda además imaginarse cada mañana, antes de mezclarse con la gente, que se entra en una selva virgen llena de peligros y pedir a Dios que nos dé 'el manto de la justicia y la prudencia'. Este mismo sentimiento se encuentra en todas las sectas ascéticas y determinó que muchos pietistas llevaran dentro del mundo un tipo de vida semejante al de los anacoretas (...) 'Maldito sea el hombre que se abandona a los hombres' (Jer. 17, 5)". Max Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, op. cit., pp. 125-127.

4. George Steiner: "Los archivos del Edén", en *Pasión intacta*, Siruela, Madrid 1997, pp. 295 ss.

5. Asimismo, parece obvio que el socialismo y el anarquismo (más tarde, el feminismo) sólo pueden prender en un panorama de tiránica atomización individualista, como su envés o copia invertida (Cfr. Max Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, op. cit., pp. 14-15). Es decir: no se trataría simplemente de que esas luchas logren "conquistas" que antes la humanidad no habría conocido, sino de movimientos de compensación de una pérdida brutal asociada a la modernidad. Pensadores tan distintos como Marx, Nietzsche o Tolstói (más tarde, "pesimistas" Unamuno, Jünger, Cioran o Virilio) señalarán en esos años que todo paso "adelante" conlleva inexorablemente un paso "atrás", un precio humano y existencial que hay que pagar. Y ello para que una ley elemental se cumpla: para que la suma total de la energía, una ley termodinámica del siglo XIX, se mantenga.

6. Por principio, de los parias de la tierra, igual que de la economía sumergida que afecta a los inmigrantes en la sociedad opulenta, no hay cifras fiables. La estadística precisa (cada ciudadano, un voto) es una cosa de mercados ordenados: a los otros los englobamos en multitudes borrosas, igual que las bajas vietnamitas o iraquíes en las guerras. Y lo mismo ocurre con los números de la población mundial, que sufren unas oscilaciones escandalosas. Hace poco, a las puertas de un nuevo y exhaustivo censo, el propio gobierno chino reconocía que podía haber una oscilación de cien millones (!) de seres humanos en relación a las últimas apreciaciones.

7. "En resumen, se confundía el género con la élite. Actualmente el indígena revela su verdad; de un golpe, nuestro club tan cerrado revela su debilidad: no era ni más ni menos que una minoría. Lo que es peor: puesto que los otros se hacen hombres en contra nuestra, se demuestra que somos los enemigos del género humano; la élite descubre su verdadera naturaleza: la de una pandilla". Prefacio de Jean-Paul Sartre a Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, F.C.E., México 1965 (2ª ed.), p. 24.

8. Los liberales hablan de igualdad en el "punto de partida", remoto origen que debe quedar atrás cuanto antes (Norteamérica es una metáfora de ese despegue que todo Occidente admira). Pero aquí es clave el punto de

llegada, que no sólo no regresa a la comunidad terrenal, sino que se blinda en una separada privacidad, privilegio reservado a los favorecidos por una Promesa más o menos californiana.

9. Hannah Arendt: *La condición humana*, Península, Barcelona 1989, p. 18.

10. "El poder de las multinacionales es mayor que el de los Estados. Y éstos siguen el juego de las multinacionales". Entrevista de Sol Alameda: "José Bové. El último revolucionario", *El País Semanal*, octubre de 2000, p. 24.

11. En la medida en que vive de una obsesiva voluntad de *impacto*, que debe capturar audiencia en una superficie social normalizada, puede decirse sin temor a exagerar que la entera lógica de los medios es terrorista. El estallido fulminante e intermitente, protagonizado por bandas paramilitares o por el sensacionalismo de los medios, parece ciertamente la única vía de acción posible en un marco estructural de inacción, de conformidad a la planicie de la economía. Esta complicidad profunda tal vez explique la extraña tolerancia de nuestras sociedades (incluida la española) hacia el terror.

12. Al respecto, exorcizando sin cesar el mal hacia fuera, Baudrillard ha hablado con frecuencia de una función de *blanqueo* que cumplirían los medios. En última instancia, podemos ser "pasivos", ciudadanos postmodernos, cuando nuestra vida está resuelta por otros. ¿Es una casualidad que las maravillas del bienestar y la "vida a distancia" para la población autóctona de los países ricos, esa limpieza silenciosa de la alta tecnología, coincida con la importación masiva de sangre fresca del Tercer Mundo, con el espectáculo televisivo de las miserias del exterior y la importación barata de trabajadores inmigrantes? Tanto el trabajo duro de la huerta murciana o catalana, como el trabajo en el monte de la madera gallega, que hoy casi ningún lugareño quiere hacer a un precio soportable para la pequeña empresa, queda así gradualmente para la sumisa mano de obra extranjera. En este aspecto, la pasividad espectacular, implícita al bienestar del consumo, entraña una forma *feroz* de decisión. Cfr. Martin Heidegger: *El ser y el tiempo*, op. cit., § 51, pp. 276-278.

13. Hemos oído decir en público, por el simple hecho de que sus condiciones materiales de vida no se adecuan a nuestra neurótica reglamentación urbana sobre el agua, que dos terceras partes de la humanidad carecen de agua potable. Sería muy interesante rastrear, al respecto, cómo el grueso de la ideología *verde* es solamente una variante de la misma mentalidad etnocéntrica y colonizadora. "Las organizaciones humanitarias, que hoy flanquean de manera creciente a las organizaciones supranacionales, no pueden empero, comprender en última instancia la vida humana más que en la figura de la nuda vida o de la vida sagrada y por eso mismo mantienen, a pesar suyo, una secreta solidaridad con las fuerzas a las que tendrían que combatir. Es suficiente una mirada a las recientes campañas publicitarias destinadas a recoger fondos para los emigrados de Ruanda para darse cuenta de que la vida humana es considerada aquí exclusivamente (y hay sin duda buenas razones para ello) en su condición de vida sagrada, es decir, expuesta a la muerte a manos de cualquiera e insaciable, y que sólo como tal se convierte en objeto de ayuda y protección. Los 'ojos implorantes' del niño ruandés, cuya fotografía se quiere exhibir para obtener dinero, pero al que 'ya es difícil encontrar todavía con vida', constituyen quizás el emblema más pregnante de la nuda vida en nuestro tiempo, esa nuda vida que las organizaciones humanitarias necesitan de manera exactamente simétrica a la del poder estatal. Lo humanitario separado de lo político no puede hacer otra cosa que reproducir el aislamiento de la vida sagrada sobre el que se funda la soberanía, y el campo de concentración, es decir el espacio puro de la excepción, es el paradigma biopolítico que no consigue superar". Giorgio Agamben: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, op. cit., p. 170.

14. Por decirlo en términos técnicos, si antaño el conocimiento estaba ligado a las posibilidades directas de verificación, actualmente la información está sólo encadenada a otras *fuentes*, en suma, a la sordera de una información que se prohíbe tocar ninguna inmediatez, ninguna vida desnuda. La parte más determinante de la información, es decir, esa *información sobre la información* que permite decidir qué es importante, procede en gran parte de otros profesionales del propio ramo. "Si uno se pregunta, pregunta que puede parecer algo ingenua, cómo se informa la gente que se encarga de informarnos, resulta que, en líneas generales, es informada por otros informadores" (Pierre Bourdieu: *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona 1997, p. 35). Este engranaje circular impone que los periodistas se lean mutuamente, se vean mutuamente, se encuentren con regularidad en unos debates en los que siempre aparecen las mismas caras. Todo esto tiene unos efectos de enclaustramiento y, dice

Bourdieu, de *censura* tan eficaces (más eficaces, incluso, porque el principio no es tan aparente) como los de una burocracia central. El enorme caldo homogéneo que impone el círculo vicioso de la información circula de forma cíclica entre personas que tienen en común poco más que el estar sometidas a los constreñimientos de los índices de audiencia. Dado que la prensa se ha de interesar por lo extraordinario, por lo que no ocurre a diario (que se supone insulso), por cosas que se salen de la rutina habitual, se da entonces una coerción terrible, la que impone la búsqueda de la primicia informativa, de la exclusiva. Y como todo el mundo se copia mutuamente para adelantarse a los demás, acaban haciendo lo mismo. La búsqueda de *exclusividad*, que en otros campos produce lo original, desemboca en éste en la uniformización más banal.

15. "Es posible prever tres escenarios para un futuro próximo: democracia elitista reservada (Marruecos, Túnez, Egipto), dictadura militar (Argelia, Siria), populismo religioso conservador (Irán), síntesis entre dictadura y populismo religioso, a la manera sudanesa (...) Pero, sea cual sea el escenario que prevalezca, los sistemas políticos deberán ser obligatoriamente autoritarios: no hay otro modo de asegurar la transición hacia la economía liberal exigida por la mundialización. Así, el mismo despotismo que sirvió ayer para legitimar la vía socialista servirá hoy para proteger la *modernización liberal*". Sami Nair: "Escenarios para el Sur del Mediterráneo", en *Escenarios de la globalización*, F. Jarauta (ed.), Murcia 1997, pp. 63-67.

16. "Lean a Fanon: comprenderán que, en el momento de la impotencia, la locura homicida es el inconsciente colectivo de los colonizados. Esa furia contenida, al no estallar, gira en redondo y daña a los propios oprimidos. Para liberarse de ella, acaban por matarse entre sí: las tribus luchan unas contra otras al no poder enfrentarse al enemigo verdadero -y, naturalmente, la política colonial fomenta esas rivalidades". Prefacio a Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, op. cit., p. 17.

17. "Nadie emigra sin que medie el reclamo de alguna promesa. En tiempos pasados la esperanza nacía fomentada por el aliciente de la leyenda y los rumores. La Tierra de promisión, la Arabia feliz, la legendaria Atlántida, Eldorado, El Nuevo Mundo: he aquí los mágicos relatos que a tantos y tantos motivaron para ponerse en marcha. Hoy en día han quedado sustituidos por las imágenes de alta frecuencia que gracias a los medios de comunicación llegan hasta la más remota aldea del mundo pobre. Y si bien el contenido de realidad de los media es todavía más escaso que el de las leyendas maravillosas de principios de la Era Moderna, su repercusión, sin embargo, resulta incomparablemente más impactante. En especial la publicidad, que mientras en los países de origen es reconocida automáticamente como simple sistema de signos sin ninguna referencia real, adquiere en el Segundo y Tercer Mundo carácter de descripción fidedigna de una posible forma de vida. Y determina en buena parte el horizonte de esperanzas asociadas con la emigración". Hans Magnus Enzensberger: *La gran migración*, Anagrama, Barcelona 1992, p. 25.

18. Edward W. Said: *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona 1996, pp. 19-23.

19. Sin practicar ningún rito de paso, los españoles (no digamos los norteamericanos) pueden ir a Marruecos o a Portugal como si estuvieran *en su casa*. A su vez, los alemanes e ingleses invaden el sur de España para vivir allí en un auténtico búnker, que excluye a los lugareños. De hecho, son capaces de vivir decenas de años en el sur español sin siquiera aprender el idioma autóctono. En Lanzarote se ha llegado a prohibir la entrada de los lugareños en sus propias playas.

20. Lo cual alimenta el círculo vicioso, pues cuanto más abandona una tierra sus raíces, su cultura y su agricultura, más necesidad tiene de aferrarse al *fast food* cultural que le hace dependiente. Esto es visible no sólo en el Tercer Mundo, sino en zonas tan cercanas como las Islas Canarias. Recientemente el escritor Saramago, residente en Lanzarote, alertaba sobre la urgencia de esta cuestión en el archipiélago.

21. "Tampoco los pobres conforman una sociedad homogénea. En cualquier país rico se han establecido complicados procedimientos para el control de la inmigración. Favorecen a quienes disponen de unas cualidades muy concretas y altamente valoradas en el capitalismo, como son mundología, capacidad de triunfo, flexibilidad y energía criminal. Tales virtudes son imprescindibles para poder superar las barreras burocráticas. En cualquier otra situación todo depende únicamente de la fuerza física. Fueron los albaneses más jóvenes y fuertes quienes en

fechas recientes lograron vencer la resistencia de las autoridades italianas". Hans Magnus Enzensberger: *La gran migración*, op. cit., p. 43.

22. Por lo que sabemos, no está libre de la sospecha de facilitar este movimiento de desequilibrio el Plan Hidrológico del estado español, que puede condenar al abandono zonas enteras del Aragón rural.

23. En este marco se entienden la nueva lógica apartidaria de los movimientos sociales y políticos en Occidentes. "Nuestra fuerza es estar fuera de un partido político. Lo importante es ser un instrumento de los ciudadanos". Entrevista de Sol Alameda: "José Bové. El último revolucionario", op. cit., p. 18.

24. Para un análisis pomenorizado de lo que puede dar de sí el racismo de un país democrático, incluyendo los experimentos científicos con cobayas humanos, ver el escandaloso libro de Günter Wallraff: *Cabeza de turco*, Anagrama, Barcelona 1994 (7ª ed.).

25. Con motivo del bombardeo de Serbia, Chomsky nos recordaba (*El País*, 19-4-99) que la retórica humanitaria ha sido el escudo para múltiples intervenciones brutales en este siglo, desde el ataque de Japón a Manchuria, hasta la invasión de Mussolini o la ocupación de zonas de Checoslovaquia por Hitler.

26. A modo de ejemplo, es significativo el caso del dictador Pinochet. Después de todo, como Noriega o Hussein, el general chileno fue un aliado de las potencias que más tarde, ya cumplida su misión, le juzgan. De manera que, cuando a él se le procesa mientras su amo Kissinger sigue disfrutando del prestigioso Nobel de la paz, las mismas potencias occidentales que le utilizaron sacan después el beneficio postmoderno de aparecer como garantes de los derechos humanos. No es extraño que líderes del Tercer Mundo desconfíen de este tipo de iniciativas humanitarias.

27. Siendo políticamente menos relevante, si bien es cierto que más torpe, se habla mucho más de la extrema derecha austríaca que de la francesa. ¿Se condenaría a Francia, igual que se ha hecho con Austria, por un acuerdo de gobierno?

28. "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros".

29. "Ustedes, tan liberales, tan humanos, que llevan al preciosismo el amor por la cultura, parecen olvidar que tiene colonias y que allí se asesina en su nombre (...) Nuestros soldados, en ultramar, rechazan el universalismo metropolitano, aplican al género humano el *numerus clausus*". Prefacio de Jean-Paul Sartre a Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, op. cit., pp. 13-14.

30. "Cuando los que sostienen la ideología 'ética' contemporánea proclaman que el retorno al Hombre y a sus derechos nos ha liberado de las 'abstracciones mortales' engendradas por 'las ideologías', se burlan del mundo (...) La política está subordinada a la ética en el único punto que verdaderamente importa en esta visión de las cosas: el juicio, comprensivo e indignado, del espectador de las circunstancias (...) Como la barbarie de la situación no es pensada sino en términos de 'derechos del hombre' (...) se la percibe, desde lo alto de nuestra paz civil aparente, como la incivilizada que exige de un civilizado una intervención civilizadora. Ahora bien, toda intervención en nombre de la civilización exige un desprecio primero de la situación entera, incluida las víctimas. Y es por lo que la 'ética' es contemporánea, después de decenios de valientes críticas al colonialismo y al imperialismo, de una sórdida autosatisfacción de los 'Occidentales', de la machacona tesis según la cual la miseria del Tercer Mundo es el resultado de su impericia, de su propia inanidad, en resumen: de su *subhumanidad*". Alain Badiou: *La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal*, Acontecimiento, Buenos Aires 1994, pp. 19-23.

31. "Así, el médico adherido a la ideología 'ética' meditará en reuniones y en comisiones toda clase de consideraciones sobre los 'enfermos' concebidos exactamente al modo en que lo es para el partidario de los derechos humanos, la multitud indistinta de las víctimas: totalidad 'humana' de reales subhombres. Pero el mismo médico no tendrá ningún inconveniente en que *esta* persona no sea atendida en el hospital, con todos los medios necesarios, porque no tiene sus papeles o no está matriculado en la Seguridad Social. ¡Responsabilidad 'colectiva',

una vez más, obliga! (...) no hay necesidad de ninguna 'ética' (sino una visión clara de esta situación) para saber que en esta circunstancia el médico es médico únicamente si él trata la situación bajo la regla de lo posible maximal: tratar a esta persona *que se lo demanda* (¡nada de ingerencia aquí!) *hasta el fin*, con todo lo que él sabe (...) Y si se le quiere impedir curarlo por causa del presupuesto del estado, de la estadística de la morbilidad o por las leyes sobre los flujos migratorios, ¡que le manden la gendarmería! Aún su estricto deber hipocrático sería dispararles. Las comisiones de ética y otras divagaciones sin fin sobre los gastos de salud y la 'responsabilidad gestionaaria', siendo radicalmente exteriores a la única situación propiamente médica, en realidad no pueden sino impedir que se le sea fiel. Ya que serle fiel querría decir: tratar el posible de esta situación hasta el fin. O, si se quiere, hacer advenir, en la medida de lo posible, lo que esta situación contiene de humanidad afirmativa, o sea: intentar ser el inmortal de esta situación (...) En realidad la medicina burocrática concebida por la ideología ética tiene necesidad de 'los enfermos' como víctimas indistintas y estadísticas, pero es rápidamente desbordada por toda situación efectiva y singular de demanda. De ahí que la medicina 'gestionaaria', 'responsable' y 'ética' se reduzca a la abyección de decidir qué enfermos el 'sistema de salud francés' puede curar, y cuáles deben ser reenviados, ya que el presupuesto y la opinión lo exigen, a morir a los suburbios de Kinshasa". Alain Badiou: *La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal*, op. cit., pp. 25-26.

32. "Un bote salvavidas abarrotado de naufragos. Rodeados de fuerte oleaje, más naufragos manteniéndose a duras penas a flote. ¿Cómo deben comportarse los ocupantes del bote? ¿Deben repeler o incluso cortar la mano del naufrago que se aferra desesperadamente a la borda? Cometerían homicidio. ¿Lzarlo a bordo? Provocarían el hundimiento del bote con toda su carga de supervivientes. Este dilema forma parte del repertorio habitual de la casuística. A los moralistas y a todos cuantos se estrujan el cerebro sobre tales situaciones límite, les suele pasar desapercibido el detalle de que lo están haciendo en seco. Y precisamente este "sí, pero" hace fracasar todas las reflexiones abstractas, cualquiera que sea el resultado al que pudieran llegar. El mejor de los propósitos fracasará irremisiblemente por culpa del ambiente apacible del seminario, porque nadie puede afirmar de forma creíble cómo se comportaría llegada la hora de la verdad". Hans Magnus Enzensberger: *La gran migración*, op. cit., p. 28.

33. Entre otros, Agamben recuerda una y otra vez que el nazismo no tiene una relación esencial con el desorden sádico, sino con la funcionalidad de la ciencia moderna. Giorgio Agamben: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, op. cit., pp. 197-202. Sólo ante un mal absoluto sustancializado en un terreno particular y fácilmente localizable, que ignora la propia zona gris interna a los Lager que denunciaba Primo Levi, puede pasar este orden social actual por inmanente, postmoderno, correcto. La realidad es bien distinta. No sólo Hiroshima es un campo instantáneo (con la función de concentración y exterminio fundidas en una), o lo es el "corredor de la muerte" del condenado, o los hoteles de reclusión de refugiados, o los campos de refugiados que pululan en el Tercer mundo, sino ante todo el propio cuerpo del ciudadano occidental, sometido hoy a la regla de un estado de excepción técnico constante, vigilante, microfísico. "El campo es verdaderamente, en este sentido, el lugar inaugural de la modernidad: el primer espacio en que acontecimientos públicos y privados, vida política y vida biológica se hacen rigurosamente indistinguibles (...) Kafka ha sido el primero que ha descrito con precisión este género particular de lugares, que desde entonces se nos ha hecho perfectamente familiar (...) No obstante, es de esta zona de indiferencia, en que las acciones de la experiencia humana se malbaratan, de la que hoy tenemos que partir". Giorgio Agamben: *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Pre-Textos, Valencia 2000, pp. 101-103.

34. Cfr. Imre Kertész: *Un instante de silencio en el paredón*, Herder, Madrid 2000, pp. 34-45.

35. De igual modo que se debilita continuamente el pensamiento, para justificar y vengar su debilidad actual, arruinando todas sus referencias. Heidegger, Marx, Freud y muchos otros pasarán así por un devastador tribunal social que, en correspondencia con sus aficiones domésticas, sólo tiene ojos para las miserias privadas.

36. "Concentraciones urbanas, traslados de poblaciones y multiplicación de lo que llamaríamos 'no lugares', por oposición al concepto sociológico de lugar, asociado por Mauss y toda una tradición etnológica con el de cultura localizada en el tiempo y en el espacio. Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta". Marc Augé: *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona 1993, pp. 40-41.

37. "La concepción de los derechos del hombre" -escribe H. Arendt- "basada en dar por supuesta la existencia de un ser humano como tal, cae en ruinas cuando los que la profesaban se encontraron por vez primera frente a unos hombres que habían perdido verdaderamente toda cualidad y relación específicas, salvo el hecho de ser humanos". Citado por Giorgio Agamben: *Medios sin fin. Notas sobre la política*, op. cit., p. 24.

38. "Y ellos sí que han visto desfilar a muchos de esos buenos amigos. Hace poco incluso a Susan Sontag, que fue a montar *Esperando a Godot* en Sarajevo. ¿Por qué no *Bouvard y Pécuchet* en Somalia o Afganistán? Pero lo peor no está en el suplemento de alma cultural. Está en la condescendencia y el error de apreciación sobre la fuerza y la debilidad. Ellos son los fuertes; los débiles somos nosotros, que vamos a buscar allí algo para regenerar nuestra debilidad, nuestra pérdida de realidad. Nuestra realidad, he ahí el problema. Sólo tenemos una realidad y hay que salvarla. Aunque sea mediante el peor de los eslóganes: 'Hay que hacer algo. No podemos no hacer nada' (...) En sus comentarios, Susan Sontag confiesa que los propios bosnios no creen realmente en el infortunio que les rodea (...) Pero Susan Sontag, que viene de Nueva York, debe saber mejor que ellos qué es la realidad, porque los ha designado para encarnarla". Jean Baudrillard: *Pantalla total*, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 59-60.

39. "Nuestro mundo no es, de ninguna manera, tan 'complejo' como pretenden quienes quieren asegurar su perpetuación. Es incluso, en sus grandes líneas, de una perfecta simplicidad. Hay, de un lado, una expansión continua de los automatismos del capital, lo que constituye el cumplimiento de una predicción genial de Marx: el mundo por fin *configurado*, pero como mercado, como mercado mundial. Esta configuración hace prevalecer una homogeneización abstracta. Todo lo que circula cae bajo una unidad de cuenta, e inversamente no circula sino lo que se deja así contar. Es esta norma, por lo demás, la que aclara una paradoja que muy pocos subrayan: a la hora de la circulación generalizada y de fantasma de la comunicación cultural instantánea, se multiplican las leyes y reglamentos para prohibir la circulación de personas (...) De otro lado hay un proceso de fragmentación en identidades cerradas, y la ideología culturalista y relativista que acompaña esta fragmentación. Estos dos procesos están perfectamente entrelazados. Pues cada identificación (creación o bricolage de identidad) crea una figura que produce materia para el mercado inversor. No hay nada más cautivo, para la inversión negociante, de más *ofrecido* a la invención de nuevas figuras de la homogeneidad monetaria, que una comunidad y su o sus territorios. Es necesaria la apariencia de una no equivalencia para que la equivalencia sea, ella misma, un proceso. ¡Qué devenir inagotable para las inversiones mercantiles el surgimiento, en forma de comunidad reivindicativa y de pretendida singularidad cultural, de las mujeres, de los homosexuales, de los minusválidos, de los árabes! Y las combinaciones infinitas de rasgos predicativos, ¡qué ganga! ¡Los homosexuales negros, los serbios minusválidos, los católicos pedófilos, los islamistas moderados, los sacerdotes casados, los jóvenes ejecutivos ecologistas, los parados sumisos, los jóvenes ya viejos! En cada momento una imagen social autoriza nuevos productos, revistas especializadas, centros comerciales adecuados, radios 'libres', redes publicitarias dirigidas, y por último atractivos 'debates de sociedad' en las horas de gran audiencia. Deleuze lo decía exactamente: la desterritorialización capitalista necesita una constante reterritorialización. El capital exige, para que su principio de movimiento homogeneice su espacio de ejercicio, la permanente surrección de identidades subjetivas y territoriales, las cuales, por otra parte, sólo reclaman el derecho de estar expuestas, al mismo título que las otras, a las prerrogativas uniformes del mercado. La lógica capitalista del equivalente general y la lógica identitaria y cultural de las comunidades o de las minorías forman un conjunto articulado". Alain Badiou: *San Pablo. La fundación del universalismo*, op. cit., pp. 10-11.

40. Martin Heidegger: *El ser y el tiempo*, op. cit., § 35, p. 188.

41. Con los precedentes del Adorno de "La industria cultural", en *Dialéctica de la Ilustración*, y *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord.

42. Hemos visto en la TV cómo el general Douglas Rhane, alto cargo militar de la operación Tormenta del Desierto, defendía sin pestañear el enterramiento en vivo de cientos de "diablos" iraquíes que, al fin y al cabo, no merecían que se arriesgase ni una sola "vida americana". TVE, "Documentos TV", febrero de 1997.

43. Evidentemente, el prestigio técnico y militar, la potencia numérica salva a Rusia o China de entrar

automáticamente en esta cuenta. Se ha comentado a veces que el marxismo sólo habría sido un instrumento para que esas naciones articularan su defensa nacional ante la rapiña de las potencias occidentales.

44. En función de la necesidad suprema de reforzar la consistencia social, lo que Bernhard llama la "bola de nieve de la estupidez", la máquina informativa es autorreferencial y autojustificativa. Cuenta con una escucha selectiva, como una especie de semisordera, consecuencia de un funcionamiento en circuito cerrado. Monta las palabras-prueba que funcionan "en bucle" y, salvo que otro gran medio rompa de milagro la cadena, es inútil intentar interrumpirla. La buena prensa se cita entre sí y se reconforta en su propio ámbito; las agencias centrales de la legitimidad (preferentemente norteamericanas) impondrán la ignorancia, incluso la denigración, de las fuentes denominadas periféricas. "Pero en realidad, no es que los otros sean malos: es que no cuentan" (Régis Debray: "Una máquina de guerra. Microfísica de la manipulación", en *Le Monde diplomatique*, junio de 1999, p. 8). Y este mecanismo circular hace muy difícil romper la unanimidad en los casos donde precisamente sería urgente contar con los múltiples ángulos de un problema. Esta férrea estructura interna prepara en realidad a la ebullición informativa para un funcionamiento coral muy útil en la mayoría de las guerras de esta última parte del siglo. En caso necesario, un poder que influya en tal maquinaria en un punto neurálgico (el mando militar "aliado", por ejemplo, entrelazado a los intereses políticos y económicos más fuertes de la tierra) conseguirá un funcionamiento sin fisuras. En esos momentos, el control de la información, que apenas puede distinguirse de la llamada "desinformación", es clave. Dentro de un futuro muy próximo puede esperarse la emergencia de un verdadero complejo militar-informacional, del que el papel de la CNN y del *pool* de periodistas controlados de cerca por el Pentágono durante la Guerra del Golfo habrían sido sus primeros síntomas. En Granada o Panamá el control del contexto mediático se convirtió en una prioridad absoluta para el alto comando norteamericano. De lograrse tal control, el aplastamiento mediático preparará efectivamente el terreno al aéreo. "D. Boughoux ha hecho una distinción capital entre comunicación e información. En tiempo de guerra, la prensa de información funciona al servicio de la comunicación. Envuelve sin desvelar, no guarda distancias sino que cierra filas. No enfría, calienta. Blinda su espacio, su cohesión y sus complicidades, huyendo de los derrotismos y de las desertiones para preservar su burbuja (o sus burbujas de muñeca rusa: la redacción, los lectores, el público, el país, Occidente)" (*Ibid.*, p. 9).

45. A la larga lista de demonios oficiales, hay que sumar en los últimos tiempos la perfecta maldad del régimen Talibán. Aunque no sospecháramos de la extraña uniformidad de la información en la largísima (casi increíble) lista de crímenes que los talibanes acumulan, lo significativo en este caso sigue siendo que *necesitamos* constantemente un Otro así para perpetuar nuestra imagen del Otro, la sistemática condena que ejercemos del mundo exterior a nuestro bienestar. Como decía Debord: "Esta sociedad tan perfecta fabrica ella misma su inconcebible enemigo: el terrorismo. En efecto, quiere *ser juzgada por sus enemigos antes que por sus resultados*". Guy Debord: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona 1990, p. 36.

46. "Seguirá habiendo una expansión de conflictos nacionales de menor o mediana escala en el Tercer Mundo y en lo que se denominaba Segundo Mundo, como síntoma típico de regiones que siguen atrapadas en la historia. Pero éstas serán perturbaciones periféricas, sin mayor incidencia en el sistema interestatal, dominado por las grandes potencias. El gesto geográfico de Fukuyama invoca deliberadamente el de Kojève: 'es muy poco lo que importan los extraños pensamientos que se les puedan ocurrir a las personas de Albania o Burkina Faso'". Perry Anderson: *Los fines de la historia*, Anagrama, Barcelona 1996, pp. 105-106.

47. Es cierto que el movimiento brasileño de los "sin tierra", José Bové o el subcomandante Marcos representan (seguidos atentamente por intelectuales tan distintos como Said, Bourdieu, Virilio, Chomsky, Debray o Badiou) el surgimiento de una nueva política de resistencia al margen de los estados, incluso de la aspiración política parlamentaria y de los partidos tradicionales de izquierda. Pero quizás habría que distinguir escenarios estratégicos y tener cierto cuidado político a la hora de apoyar todos los movimientos de liberación contra todos los estados. Algunos intelectuales mexicanos (*El País*, 17-3-01) parecen tener algo de razón cuando señalan que los intelectuales franceses, españoles e italianos que apoyan incondicionalmente a Marcos, despreciando todos los esfuerzos institucionales del estado mexicano, lo hacen llevados por una cómoda actitud "radical" que se guardan mucho de practicar en casa (donde con frecuencia, como la señora Danielle Mitterrand, son parte del sistema) y que acaba por perpetuar la tradicional condena que Occidente realiza sobre los países atrasados. Con razones

parecidas Pasolini se encolerizaba en los 70 con los intelectuales franceses que apoyaban las Brigadas Rojas en un país ajeno. Podíamos decir lo mismo del apoyo de algunas personalidades europeas a ETA, al UÇK albanés, o quizás la comprensión hacia las actividades armadas del IRA. En todos estos casos (el ejemplo del UÇK fue escandaloso) es importante tener en cuenta el interés de las grandes potencias, especialmente EEUU, en apoyar "movimientos de liberación" en los que no arriesgan nada, que a veces son sencillamente criminales, pero que tienen la virtud de debilitar a estados rivales.

48. Recordemos que su primer eslabón es el Irán shiita que reacciona ante los Pahlevi. Cfr. Sami Nair: "Escenarios para el Sur del Mediterráneo", en *Escenarios de la globalización*, op. cit., pp. 54-56.

49. "El nacionalismo es virulento donde nada vale gran cosa; donde las acciones tienen mayores consecuencias, ya no logra infectar (...) las pasiones nacionalistas se pueden mitigar por medio de las actividades de consumo: de hecho, es ésta la versión moderna del papel que se le asigna a *le doux commerce* en el mundo del absolutismo". Perry Anderson: *Los fines de la historia*, op. cit., pp. 106-107.

50. "El nacionalismo no se supera con el simple internacionalismo, sino que se extiende y se eleva a sistema. Por ello el nacionalismo no será llevado a la *Humanitas* ni invalidado, como no lo será el individualismo por el colectivismo ahistórico". Martin Heidegger: *Carta sobre el humanismo*, Taurus, Madrid 1970, p. 39.

51. "Pero éste es el momento de llamar la atención del lector sobre algo obvio: a saber, que toda esta cultura posmoderna, que podríamos llamar estadounidense, es la expresión interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales: en este sentido, como en toda la historia de las clases sociales, el trasfondo de la cultura lo constituyen la sangre, la tortura, la muerte y el horror". Fredric Jameson: *El posmodernismo, o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona 1995, p. 19.

52. Hay una impagable reflexión sobre la ambivalencia del concepto de "pueblo", como devenir resistente a toda determinación externa, incluso a su constitución como cuerpo político de una nación, en Giorgio Agamben: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, op. cit., pp. 224-229.

53. "Será preciso hacer del propio cuerpo biopolítico, de la nuda vida misma, el lugar en el que se constituye y se asienta una forma de vida vertida íntegramente en esa nuda vida, un *bíos* que sea sólo su *zoé*(...) El *bíos* yace hoy en la *zoé* exactamente igual que, en la definición heideggeriana del *Dasein*, la esencia yace (*liegt*) en la existencia". Giorgio Agamben: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, op. cit., p. 239.

54. "Puesto que el imperativo no contiene, aparte de la ley, más que la necesidad de la máxima de adecuarse a esa ley, y ésta no se encuentra limitada por ninguna condición, no queda entonces nada más que la universalidad de una ley en general a la que ha de adecuarse la máxima de la acción, y esa adecuación es lo único que propiamente representa el imperativo como necesario. Por consiguiente, sólo hay un imperativo categórico, y dice así: *obra sólo según aquella máxima que puedas querer que se convierta, al mismo tiempo, en ley universal*". Immanuel Kant: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid 1995 (11ª ed.), p. 92.

55. Jean-Paul Sartre: *El existencialismo es un humanismo*, Ediciones del 80, Buenos Aires 1985, pp. 33-34.

56. "Puede pensarse que mi enfoque es negativo. No lo es en absoluto. Simplemente estoy obligado a hacer solo este trabajo sobre la negatividad, aunque la mayor parte de los intelectuales ya se han convertido en colaboradores (...) Frente a los taumaturgos sólo existe el dramaturgo, aquel que no está contra los hechos aunque desea mostrar su drama, desea mostrar que algo se pierde". Paul Virilio: *El Cíbermundo, la política de lo peor*, Cátedra, Madrid 1997, pp. 54-55.